



Artículo

La precariedad: el resultado de 11 contradicciones

Precariousness: The Outcome of 11 Contradictions

Antonio Gómez Villar

Universitat de Girona (UdG)

antonio.gomez.villar@hotmail.com

Recibido: 01/02/2017

Aceptado: 09/04/2017

Resumen

Proponemos pensar la precariedad como el resultado de 11 contradicciones, esto es, atravesando bloqueos, puntos de crisis, rupturas, apertura de nuevos planos y líneas de fuga inmanentes a la nueva configuración del trabajo postfordista. En cada contradicción podemos reconocer muchos de los medios que tenemos a nuestra disposición para articular proyectos de liberación del capital, para crear instituciones e institucionalidades que posibiliten el que consideramos el mayor de los legados de la teoría *(post)operaista*: la posibilidad que tiene el conocimiento de devenir autónomo.

Abstract

We propose viewing precariousness as the outcome of 11 contradictions, that is, spanning blockades, crisis points, ruptures, the opening of new planes and vanishing points immanent to the new configuration of Post-Fordist employment. In each of these contradictions it is possible to recognize many of the means that allow us to articulate capital liberalization projects, to set up institutions and institutionalities which enable what we believe is *(Post-)Operaist* Theory's greatest legacy: the possibility of knowledge becoming autonomous.

Palabras claves

Precariedad, postfordismo, operaismo, trabajo

Key words

precariousness, postfordism, operaism, work

Introducción

Este artículo tiene por objetivo proponer una conceptualización filosófica de la precariedad como el resultado de 11 contradicciones, a partir de la metodología *(post)operaista* y de sus aportaciones teóricas. Las 11 contradicciones que presentamos están atravesadas por la configuración de una corriente de pensamiento, el *(post)operaismo*, que es irreductible a cualquier intento de síntesis a un todo homogéneo. Es por ello que las contradicciones que proponemos inciden en las tensiones entre las diferentes líneas de pensamiento que habitan en el interior de la corriente conocida como *(post)operaista*. Dado que se trata de una corriente cuyas elaboraciones teóricas no pueden ser reducidas a una unidad, penetramos en ellas desde las grietas y fisuras de sus formas desbordantes, disruptivas, proliferantes y rizomáticas. De hecho, unas de las características que signa el pensamiento *(post)operaista* es, justamente, proponer conceptos que se entrecruzan de manera tal que las jerarquías entre ellos se disuelven.

Consideramos que el *(post)operaismo* ha sabido plantear de forma rica las premisas fundamentales de la realidad que pretendemos conceptualizar. Sus teorizaciones iniciales, en la década de los '70, sobre el tránsito del "obrero-masa" al "obrero-social"; el tránsito de la fábrica a la metrópolis como espacio de articulación de la producción; el *general intellect* como motor del nuevo modo de producción; y la necesidad de pensar las mutaciones del trabajo por fuera de los límites que impone la economía política, nos ofrecen numerosas claves para comprender la orientación y la profundidad de las transformaciones en curso.

Ya el conocido como 'Laboratorio Italia' de los años '60 y '70 fue un taller de experimentación, elaboración y práctica teórica en el interior de las luchas, desde la fenomenología de los comportamientos subversivos que expresaba el antagonismo obrero. Comenzaron a pensar la realidad subjetiva de los trabajadores inmateriales y a proponer una geografía variable de la nueva 'composición del trabajo' como referentes de un análisis materialista y del proyecto antagonista. Además, supieron reconocer las posibilidades políticas que contenían las transformaciones atendiendo a las mutaciones de la subjetividad.

La conceptualización de la precariedad que proponemos no es un fin en sí misma. Nos interesa porque nos posibilita abrir diferentes debates, problemáticas e interrogantes que nos permiten abordar los cambios en la composición de la fuerza de trabajo, en las dinámicas de valorización capitalista, en las líneas de conflicto y en los procesos de constitución de las subjetividades en el postfordismo.

En cualquier caso, la determinación de los contornos generales de las contradicciones propuestas nos invita a reconocer los medios que tenemos a nuestra disposición para un proyecto de liberación del capital. De hecho, los análisis del nuevo modo de producción que lleva a cabo el *(post)operaismo* nos plantea una pregunta sugerente, y quizás sea su gran contribución como corriente de pensamiento, acerca de la posibilidad que tiene el conocimiento de devenir autónomo.

Primera contradicción

La producción social y cooperativa del común es la que produce y genera riqueza; tiene lugar en un plano de inmanencia, no existe un afuera de la producción. Sin embargo, se produce una individuación y subordinación jerárquica mediante la cual los dispositivos de captura rompen la horizontalidad que caracteriza a la cooperación social. Esta estrategia de gobierno y captura, que adopta una forma externa frente al plano de inmanencia, se realiza a través de los dispositivos que subordinan y expropian a la cooperación social.

En el postfordismo, la creación de riqueza social depende cada vez menos de la actividad concreta y aislada del trabajador singular y, cada vez más, de la trama de la cooperación social que efectivamente articula la producción de riqueza. Sin embargo, la relación laboral postfordista sigue estando regulada bajo la figura del contrato entre individuos particulares y el salario sigue referido a la actividad concreta del trabajador. En otras palabras: la socialización del proceso de producción opera a través de la individualización de la relación contractual o la competencia jerárquica.

El proceso de producción ya no está organizado por una dirección capitalista, desde arriba y de forma jerárquica, al modo en que era organizada en el régimen de fábrica, o sea, a través de los modos disciplinarios. A diferencia del régimen de fábrica, en el postfordismo, “las formas centrales de la cooperación productiva ya no las crea el capitalista como parte del proyecto de organización del trabajo sino que, cada vez más,

emergen de las energías productivas del trabajo mismo” (Negri 2004: p. 143). Esta es, de hecho, la característica clave del trabajo inmaterial para Negri: producir comunicación, relaciones sociales y cooperación.

‘Lo común’, la cooperación entre cerebros, no solo implica el devenir lingüístico del trabajo, elemento clave en la transición de fordismo al postfordismo, sino que es la propia configuración de la acumulación y de la explotación capitalista lo que se ve radicalmente alterado. La productividad ya no depende tanto de una gestión racional y económicamente eficaz de los recursos internos de la empresa –de sus factores productivos inmediatos–, sino más bien de “la capacidad empresarial de capturar y descodificar flujos de conocimiento, cúmulos de experiencia social diseminados bajo la forma de lenguajes y redes de relaciones” (De Giorgi 2006: p. 99). Así, con la idea de ‘lo común’ el *(post)operaismo* trata de dar cuenta de que el producto deja de ser creado por el trabajador individual inmediato para ser el resultado de una combinación de actividades sociales.

Desde esta perspectiva, la explotación consiste hoy en la apropiación privada de una parte o de la totalidad del valor producido en ‘común’. Las relaciones y la comunicación producidas son ‘comunes’ por su propia naturaleza, pero el capital consigue la apropiación privada de parte de su riqueza: lo elaborado en ‘común’ pasa al dominio privado (Negri 2004: pp. 181-182). Las tesis *(post)operaistas* plantean que esta nueva forma de acumulación del capital postfordista vendría a repetir, por primera vez, los procesos de expropiación de ‘lo común’ propios del comienzo de la Modernidad. Esta nueva forma de acumulación es un proceso que, entre otras cosas, ataca aquello ‘común’ que el precedente siglo de luchas obreras construyó; ataca precisamente esos ‘comunes’ que se habían convertido en la base de nuestra existencia, desde el Welfare a las nuevas capacidades para producir.

El capitalismo postfordista no es tanto una estructura de explotación que se pueda comprender exclusivamente en relación al concepto de plusvalía, sino un dispositivo de captura y apropiación de una producción social. La tesis que formula el *(post)operaismo* es que la explotación es precisamente la captura y la expropiación de formas del producto de la cooperación social. El capital es un virus que vive del trabajo ajeno, solo puede sobrevivir parasitando el cuerpo social de la producción; el capital vive del trabajo como

un virus del ADN. En este sentido, el capital, más que un ‘leviatán’ es una relación social: no produciría riqueza si no pudiese extraerla, si no pudiese expropiársela al trabajo vivo.

Se podría decir que el capital opera como una máquina de captura de un sustrato –la cooperación social–, que mantiene una situación de anterioridad ontológica, porque la cooperación de cerebros comienza fuera de la empresa. Es, pues, un proceso previo e inmanente al mismo tiempo: se da en el interior de la relación capitalista, pero el capital no lo produce.

Segunda contradicción

La fuerza de trabajo postfordista es excedente en términos de subjetividad, mientras que el capital se presenta como deficitario, pura exterioridad parasitaria, dirección y dominio. Los dispositivos de captura tienen como materia prima la invención y creación de la productividad ilimitada de la cooperación social. Y ello solo puede tener lugar desde una esfera de autonomía; pero el capital necesita, a un mismo tiempo, posibilitar y suprimir esa autonomía. En otras palabras: su supervivencia depende de la creación e invención de lo que es una amenaza –la autonomía de la cooperación social; es contradictorio en tanto necesita suprimir y obstruir la autonomía, pero, al mismo tiempo, capturarla. El capital se encuentra atado a lo que, paradójicamente, lo socava: el potencial de invención subjetiva, la multiplicidad singular.

Si la cadena de montaje de la fábrica fordista ha sido sustituida por la red que posibilita los intercambios lingüísticos y comunicacionales, entonces estos últimos no pueden tener lugar en una estructura organizativa rígida y disciplinaria, puesto que resultarían bloqueados. Dicho en otros términos, los modos disciplinarios socavarían “las condiciones de la propia productividad, la distribución horizontal de informaciones, los procesos de comunicación e intercambio que animan los flujos de la producción postfordista” (De Giorgi 2006: p. 141). Cuando la producción deviene social y se concentra sobre la subjetividad y la comunicación –el ‘bios social’ puesto a producir–, las formas de control ya no pueden situarse en el interior de la fábrica, “en la disposición funcional de los espacios, en la subordinación del gesto a la secuencia de la máquina y en la rigidez específica del horario” (Rodríguez: 2003, pp. 127).

Sería un contrasentido que el capital pretendiese regular de forma absoluta los movimientos parcialmente autoorganizados de la cooperación social. Si la cooperación del trabajo social fuese dirigida y disciplinada en cada detalle perdería parte de su potencia. La invención y la innovación no son ya las funciones propias del empresario postfordista, sino las prerrogativas del trabajo vivo. Para el capitalista es necesario apropiarse de la innovación a posteriori.

Si nos remontamos al nacimiento de la industria, vemos que el gran problema al que se enfrentaba el mando capitalista consistía en crear dispositivos que pudieran paliar el déficit de subjetividad respecto a la exigencia de normalización y regulación de la nueva economía capitalista. Los nuevos obreros que se incorporaban a la fábrica, los campesinos que devinieron proletarios, presentaban un déficit de subjetividad. El poder del mando fordista expresaba una racionalidad gubernamental articulando dispositivos capaces de remediar y suplir estas deficiencias y carencias. Los dispositivos se articularon como dispositivos de disciplinamiento de las carencias que evidenciaba la fuerza de trabajo en relación con la organización capitalista de la producción.

Así, el régimen de fábrica fue una forma de gobierno sobre el trabajo. Su forma de desarrollo fue la disciplina en un sentido foucaultiano: división funcional de espacios y tiempos, gobierno externo del cuerpo y del gesto, alianza entre el saber y el poder. El déficit de subjetividad fue paliado, pues, por las técnicas disciplinarias: la subordinación del cuerpo a la máquina en la fábrica. Un poder disciplinario que no tenía por objetivo reducir las fuerzas, sino multiplicarlas, enderezar las conductas, normalizar, moldear y fabricar individuos. Y ello porque el capital no encontró a una fuerza de trabajo identificada con su propósito, sino una multiplicidad que debía ser gobernada de manera, por así decir, despótica. El cuerpo sobre el que recaía la disciplina era un cuerpo extranjero, el cual debía ser domesticado conforme a los nuevos criterios de la producción en masa taylorista/fordista.

La irrupción del modo de producción postfordista determina cambios significativos en el terreno de la racionalidad gubernamental y en el de los dispositivos de control que aseguran su vigencia: "hemos de analizar ahora las nuevas geografías del control a partir de la racionalidad disciplinaria, a partir del agotamiento de la forma de poder que se

inscribía sobre el cuerpo de una fuerza de trabajo ubicable en un tiempo y espacio definidos por la producción industrial” (De Giorgi: 2006, p. 121).

Las sociedades de control y sus nuevos dispositivos comienzan a aparecer cuando el exceso de subjetividad, la excedencia subjetiva y la proliferación y multiplicación de formas de vida –‘el bios social’– se convierten en el modo inmanente de la producción de riqueza. La subjetividad se vuelve productiva, y es esta misma subjetividad la que debe ser controlada. La excedencia se configura como exceso constante de potencialidades productivas, de formas de comunicación y de vínculos cooperativos. En el nuevo ciclo de acumulación, es el capital quien se muestra carente frente a la fuerza de trabajo. Las técnicas de control no consideran los acontecimientos como negativos –frente a las disciplinas, que subordinaban la invención a la producción. El trabajo postfordista se ha convertido en un conjunto de acontecimientos, donde la incertidumbre y la inestabilidad se han introducido con fuerza en el interior de la organización del trabajo.

Si la disciplina era la respuesta para paliar el déficit de subjetividad, para un régimen productivo caracterizado por la carencia; el control es una técnica biopolítica que opera sobre el exceso y lo gestiona, es un régimen productivo caracterizado por la excedencia. El lenguaje ha devenido productivo. Pero en el lenguaje siempre hay algo que se escapa al sentido que intenta imponer el mando; en el lenguaje siempre hay algo que escapa a la finalidad de los hablantes. En el lenguaje no todo es clausurable, no todo se puede cerrar. Es ese algo que se agrieta y que no se integra por completo lo que constituye la apertura, el exceso. Se produce una inversión radical del orden de los factores: por un lado, “el capital necesita de nuestras capacidades productivas, no puede existir ni reproducirse sin ellas, no puede sobrevivir sin nuestro trabajo; pero, por otro, nuestras capacidades productivas siempre exceden al capital y son potencialmente autónomas a él, pueden existir sin una organización capitalista” (Hardt, Holloway: 2012, p. 27).

En las sociedades disciplinarias se encerraba el afuera, es decir, la potencia de invención, reducida ésta a una simple reproducción. El tiempo de la creación de los posibles debía ser limitado y encerrado en plazos y procedimientos rigurosamente establecidos. En las sociedades de control, por el contrario, el tiempo del acontecimiento, de la invención y de la creación de posibles, ya no puede ser considerado como una excepción, sino como lo que hay que regular y capturar. Ya no puede ser neutralizado, sino controlado como tal.

En el interior de la empresa postfordista se cuenta como recurso productivo todo aquello que en el esquema de la modernización y racionalización quedaba fuera por defectuoso: incertidumbre de expectativas, contingencia de los puestos y posiciones, identidades frágiles o valores siempre mutables.

El problema ya no consiste, pues, en encerrar el afuera y disciplinar subjetividades. Dado que “la potencia de proliferación de la diferencia ha roto el régimen del encierro, no hay otra forma de actuar sobre estas subjetividades que no sea ‘modulándolas’” (Lazzarato: 2006, p. 82). Ya no son ‘modeladas’ en un espacio cerrado –en el interior de la fábrica–, sino ‘moduladas’ en un espacio abierto –la ‘fábrica-social’. A diferencia de las sociedades disciplinarias, donde se pasaba de manera lineal de un encierro a otro –de la escuela al ejército, del ejército a la fábrica–, Deleuze (1995) muestra que en las sociedades de control nunca existe algo totalmente terminado, acabado. Mientras que las técnicas disciplinarias se estructuraban fundamentalmente en el espacio, las técnicas de control sitúan el tiempo en primer plano. Es la red, y ya no la fábrica, la que controla a los trabajadores y la que captura lo singular y lo colectivo. El control pretende, en definitiva, compactar y reducir la multiplicidad de dimensiones y relaciones que el mundo y la cooperación social implican.

Tercera contradicción

En la economía de la deuda, el crédito se presenta como el mecanismo necesario para abrir posibilidades de futuro. El ‘empresario de sí’ ha de invertir, arriesgar, y el crédito lo posibilita; sin embargo, en tanto se ha de garantizar el retorno de la inversión, en tanto el “hombre endeudado” ha de tener una disposición subjetiva tal que le permita cumplir su “promesa” –esto es, pagar su deuda. El crédito, al tiempo que abre posibilidades de futuro, bloquea la actividad, la posibilidad de creación e invención.

La deuda remite directamente a una disciplina y a un estilo de vida que implican un trabajo sobre “sí mismo”, una producción de subjetividad específica: la del hombre endeudado. A través de la deuda se logra modelar un control de la subjetividad, de modo que el trabajo es inseparable del trabajar en uno mismo. Hay una producción y control de subjetividad y formas de vida. La economía neoliberal es una economía subjetiva, es decir, una economía de búsqueda de productos y procesos de subjetivación, ya no es el

modelo de la economía clásica de intercambio y productor. No se tiene una deuda, se está endeudado. La deuda configura una subjetividad del trabajo mediante la cual debe ser abandonada la lógica de los derechos individuales y colectivos y entrar en la lógica de los créditos –inversión en capital humano. Es la lógica de la deuda la que estructura este proceso de individuación.

La relación de deuda corresponde a un modo de gobernar: influenciar el comportamiento y la acción de los otros. El reembolso de la deuda no se hará en moneda, sino a través de los constantes esfuerzos de deudor por maximizar su empleabilidad, afanarse en pos de su inserción en el mercado laboral o de inserción social, estar disponible y movilizable en el mercado del empleo. El reembolso de la deuda corresponde a una normalización de los comportamientos y a una conformidad a las normas de vida decretadas por la lógica del mando.

Lazzarato (2013) propone la deuda no solo como dispositivo económico, sino también una técnica securitaria de gobierno tendente a reducir la incertidumbre de las conductas de los gobernados. Al disciplinar a éstos para “prometer” –honrar su deuda–, “el capitalismo dispone de antemano del futuro, porque las obligaciones de la deuda permiten prever, calcular, medir, establecer equivalencias entre las conductas actuales y las venideras” (Lazzarato: 2013, p. 101). Los efectos de poder de la deuda sobre la subjetividad –la culpa y la responsabilidad– le permiten al capitalismo tender un puente entre el presente y el futuro.

La deuda constituye el dispositivo singular de sujeción de los modos de producción postfordistas, pero inscrita, a su vez, en una lógica invariable, según la cual el capitalismo siempre ha determinado el desplazamiento del presente hacia el futuro como su única razón de ser: “una lógica de inversión y maximización de beneficios que es también una lógica de hipotecas ontológicas. En este marco, el presente se ve descapitalizado a favor de un futuro que lo es todo. Estrictamente, el presente se des-capitaliza quedando como una inversión necesaria y prescindible, al servicio de un producto ulterior que es la única realidad relevante. El presente, diríamos, se consume” (Martínez Rodríguez: 2011, p. 5).

Para el capitalismo, ser consiste en proyectarse, en invertirse. Así, ‘la empresarialización de la vida’ se acomoda a la lógica de la plusvalía y se ve reducida al cálculo de un

beneficio. La explotación del futuro distingue a la deuda de cualquier forma de intercambio mercantil. Esta distancia temporal asocia la deuda a la vida. Cuando Lazzarato dice que la economía de la deuda es una economía del tiempo y la subjetivación, lo hace de conformidad con una acepción específica. En efecto: el neoliberalismo es una economía vuelta hacia el porvenir, ya que las finanzas son una promesa de riqueza futura. Toda innovación financiera no tiene más que una finalidad: objetivar el futuro para poder disponer de él de antemano.

Cuarta contradicción

Desde una perspectiva negriana, la cooperación social se presenta bajo la modalidad de biopolítica, como producción de subjetividad y resistencia, como extensión de las luchas proletarias, como poder de la vida; las formas de captura y control del capital, en cambio, se desarrollan como biopoder, como poder sobre la vida.

Es en 1976, en el marco del primer tomo de *Historia de la sexualidad* y en el curso impartido en el *Collège de France*, titulado *Defender la sociedad* (1975-1976), cuando Michel Foucault introduce por vez primera reflexiones en torno al biopoder, cuestión a la que dedicará unos cinco años de reflexión, si bien luego volverá a estar presente en sus cursos *Seguridad, territorio, población* (1977-1978) y *El nacimiento de la biopolítica* (1978-1979).

Foucault abre un dominio de análisis donde ensaya establecer las relaciones posibles entre el modelo económico y las subjetividades desde una perspectiva biopolítica. A partir de estos análisis, el *(post)operaismo* inscribe sus análisis de investigación en la genealogía de la gubernamentalidad y de las tecnologías de poder que elabora Foucault para explorar el lugar de la subjetividad al interior de los modos de producción postfordistas: vislumbrar los efectos y modos de subjetivación que implican y propician, descodificando la racionalidad inherente a los sistemas de control e inscribiendo los análisis desde la perspectiva del nuevo ciclo de acumulación postfordista.

De la obra de Foucault, Negri ha prestado especial atención a los conceptos de 'biopoder' y 'biopolítica'. Sin embargo, toma esta lectura en una dirección diferente, pues el concepto de biopolítica, a su juicio, necesita en última instancia encarar y abordar la cuestión del trabajo. La necesidad de abordar los conceptos desde la cuestión del trabajo está siempre

presente en la obra de Negri es una constante que nace de su definición como marxista, y, como tal, de la idea siempre vigente de que el mundo se construye a partir del trabajo vivo.

En este sentido, entiende su definición de la biopolítica como una ampliación de la investigación que Foucault había emprendido: en lugar de hacer caso omiso o dejar de lado la elaboración que Foucault hizo de la biopolítica en el contexto del ejercicio de la sexualidad, adoptó esa elaboración y la amplió a fin de dar cuenta de la construcción general del cuerpo en los ámbitos indistinguibles de la producción y la reproducción, es decir, en el ámbito del trabajo inmaterial. Esa ampliación de la investigación le permitió también clarificar algo que en Foucault había quedado, a juicio de Negri, relativamente indefinido: la relación entre biopolítica y biopoder.

Si permanecemos demasiado atados a un análisis filológico de los textos de Foucault, nos advierte Negri, podríamos pasar por alto la cuestión central: sus análisis del biopoder apuntan no solo a una descripción empírica de cómo funciona el poder para y a través de los sujetos, sino también al potencial de producción de subjetividades alternativas, indicando de tal suerte una distinción en la afirmación de Foucault según la cual la libertad y la resistencia son precondiciones necesarias para el ejercicio del poder (Hardt, Negri: 2013).

Para Negri, en tanto la vida se ha vuelto enteramente productiva, interpreta la biopolítica no como un flujo paralizante sobre el conjunto de la sociedad, sino como la apertura de nuevas posibilidades de combinar creación y resistencia. Así, identifica el biopoder con la nueva figura de la soberanía y del mando sobre el trabajo –el mando financiero, por ejemplo. El biopoder es el poder sobre la vida, se configura sobre la reproducción del individuo y sobre la potencia biopolítica de los cuerpos. La biopolítica, por el contrario, la identifica con las potencias productivas de la vida: la producción de afectos, de lenguajes a través de la cooperación social, la interacción de cuerpos y deseos.

Quinta contradicción

Si en las décadas de los '60 y '70, 'flexibilidad' significó, en el seno de los movimientos antagonista, la posibilidad de liberar el tiempo de las cadenas del trabajo, nomadismo y

autoorganización social; ese deseo de autonomía ha devenido hoy heterónimo: la 'flexibilidad' como modo de sujeción política.

Partiendo de la metodología *operaista*, de la 'revolución copernicana' que inaugura la obra de Mario Tronti *Obreros y Capital* con aquel "primero las luchas, luego el desarrollo capitalista", podemos dar cuenta de cómo diferentes luchas a lo largo de la historia han sido el antecedente a un cambio radical en el modo de producción. El capital nunca pasa voluntariamente a una fase superior de modo de producción. La innovación capitalista es siempre producto, compromiso o respuesta de una innovación y construcción derivada del antagonismo de los trabajadores. Los contenidos de los dispositivos de capturan no surgen de la nada, existe una configuración previa por el ejercicio del poder constituyente antagonista. Así, "toda innovación es la secularización de la revolución" (Guattari, Negri: 1999, p. 93).

Ha sido Paolo Virno (2003) quien con mayor detenimiento se ha ocupado de pensar el posfordismo a partir de la 'revolución copernicana'. Ha llamado a la contrarrevolución postfordista como 'comunismo del capital'. Si nos remitimos a la década de los años '30, vemos que la metamorfosis de los sistemas sociales de Occidente durante esa década ha sido a veces designada con la expresión 'socialismo del capital', aludiendo con ella al papel determinante asumido por el Estado en el ciclo económico –del *laissez faire*, a los procesos de centralización y de planificación dirigida de la industria pública, a la política del pleno empleo, al principio del *Welfare*, a las políticas monetarias a favor de bajas tasas de interés y créditos baratos, o a las políticas fiscales a través de la subida o bajada de impuestos. Dicho en otros términos, la respuesta capitalista a la *Revolución de Octubre* y a la *Crisis de 1929* fue una gigantesca estatalización de las relaciones de producción. Vemos, pues, cómo el fordismo incorpora algunos aspectos de la experiencia socialista como respuesta a la amenaza revolucionaria originada por la expansión europea de la revolución bolchevique de 1917, para intentar neutralizar las posibles insubordinaciones, prevenir la indisciplina e institucionalizar la eventual protesta en el interior de las instituciones de representación.

Del mismo modo, la metamorfosis de los sistemas sociales de Occidente durante la década de los '80 y '90, las sintetiza Virno con la expresión 'comunismo del capital'. ¿Cuáles eran los objetivos de la perspectiva comunista? Abolición del trabajo asalariado,

disolución del Estado, valorización de todo aquello que torna irrepetible la vida del individuo.

Así, el postfordismo declina a su modo lo que constituyeron instancias típicas del comunismo. Este ‘comunismo del capital’ es la respuesta a la luchas sociales de las décadas de los años ‘60 y ‘70. El postfordismo sería la inversión del ‘movimiento italiano del 77’, apoderándose el capital de las tendencias a la movilidad y del rechazo de la ética del trabajo, reestructurando nuevos dispositivos para su propia reproducción. ‘Contrarrevolución’ significa precisamente la captura de fuerzas sociales y políticas que se manifestaron antes como subversivas. No se trata solo de represión de la revolución; se trata más bien de una inversión, una apropiación como fuerza productiva –y por fuerzas productivas se entiende Virno fuerzas que son puestas a generar plusvalía– de relaciones subversivas y capacidades políticas.

Por ‘contrarrevolución’ no entiende Virno (1995), entonces, la restauración del régimen anterior, del orden social que había sido resquebrajado, sino en la literalidad del término: una revolución a la inversa que crea actitudes culturales, rasgos, usos, costumbres y gustos. La ‘contrarrevolución’ es el intento de adecuar las formas de gobierno –el mando– a las transformaciones que ya habían tenido lugar en los centros de producción. Virno señala dos núcleos de la esta ‘contrarrevolución’. En primer lugar, en la plena afirmación del modo de producción postfordista –tecnología electrónica, descentralización y flexibilidad de los procesos de trabajo, el saber y la comunicación como principal recurso económico; y, en segundo lugar, en la gestión capitalista de la reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario –*part-time*, jubilaciones anticipadas, paro estructural y precariedad permanente.

En resumen, la tesis *(post)operaista* sostiene que la subjetividad flexible ha sido el motor fundamental del capitalismo postfordista, mediante la captura del poder constituyente del antagonismo. Las luchas rompieron la posibilidad de la regulación fordista; y la potencia que en algún momento contenían los comportamientos de abstención, fuga y éxodo han sido aprovechados por el capital, haciendo de aquella inestabilidad y fluidez que había sido subversiva algo propio del trabajo postfordista. Una captura que ha instrumentalizado las líneas de fuga contra los modos de producción disciplinarios y los mecanismos de control de las décadas de los ‘60 y ‘70.

Sexta contradicción

El hecho de que empresarios y managers actuales procedan de movimientos autónomos, antiautoritarios y anarquistas de las décadas pasadas, da cuenta de la capacidad del capital para articular instituciones productivas de modo contrarrevolucionario.

Bifo coincide en líneas generales con las reflexiones antes expuestas acerca de la 'contrarrevolución'. En efecto, la flexibilidad no es un invento del capital, sino una invención de los jóvenes obreros de las décadas de los años '60 y '70, y respondía a un deseo de nomadismo y de libre comunidad. Sin embargo, Bifo (2003) rechaza la lectura de la contrarrevolución que únicamente se realiza en términos de recuperación, como si las fuerzas sociales siempre estuviesen empeñadas en una eterna fuga para alejarse del control; y como si el capital siempre pretendiese adelantarse a los comportamientos subversivos. Bifo sitúa el análisis de la historia social como una constante interrelación entre rechazo de trabajo dependiente y reestructuración del sistema productivo, en el que tiene lugar la coexistencia de la confrontación y coincidencias de intereses. Es decir, no solo hemos de atender a los intereses opuestos y antagónicos entre el capital y los trabajadores, sino también a sus intereses comunes. En lo que a la confrontación se refiere, ésta se deriva del hecho de que el capital siempre procuraba extraer del trabajo vivo la mayor cantidad posible de tiempo de trabajo y de valor.

Es interesante la atención que presta Bifo a una contradicción pocas veces analizada por los autores de la corriente *(post)operaista*: "no es casualidad que tantos de los empresarios innovadores de los ochenta y noventa se hayan formado en los setenta en los movimientos antiautoritarios, anarquistas, autónomos. Esto no es un indicio de traición a los valores revolucionarios y tampoco debe considerarse una muestra de la superioridad intelectual de quienes han sabido transferir la vanguardia política al terreno de las profesiones innovadoras. Se trata tan solo de una convergencia de intereses entre autonomía social y desarrollo del capital que la clase obrera revolucionaria ya había conocido y experimentado en la segunda posguerra mundial (Bifo: 2003, p. 55). La contradicción que señala Bifo sí es expuesta por Negri en términos de traición: "tiene lugar la maldición del jefe: aquellos que aprendan más de la lucha de clases que se adelanten. Esta paradoja es la vergüenza del jefe" (Guattari, Negri: 1999, p. 103). Bifo, por el contrario, está apuntando a las posibilidades de autorrealización –objetivo de muchos

movimientos libertarios– que ha abierto la transformación tecnológica y organizativa del proceso de producción en las últimas décadas. La actualización de esta posibilidad coincidiría con la articulación de un campo de energías totalmente nuevas para la valorización del capital. En nuestra opinión, Bifo trata de rastrear las huellas del origen autónomo y libertario de la flexibilidad. Este rastreo le lleva a pensar la flexibilidad como algo inseparable de formas de vida que se fundaban “en el dinamismo, la confianza en el futuro y, digamos la palabra, en la alegría y felicidad [...] flexibilidad del trabajo significaba plenitud de la comunidad libre” (Bifo: 2003, pp. 79-80). Pero por momentos, también se desliga de la lectura *operaísta* o, mejor dicho, la hace aún más compleja: “Esta relación es mucho más compleja que una simple cadena de causas y efectos. El proceso de desregulación estaba ya inscrito en el desarrollo de nuevas tecnologías que permitían a las grandes empresas lanzar el proceso de globalización [...] aunque es cierto que el movimiento de la autonomía anticipó la tendencia” (Bifo: 2013).

Séptima contradicción

En relación a la teoría del valor marxiana, en el postfordismo es un contrasentido articular dispositivos de captura que intentan medir un trabajo que, por su propia naturaleza, produce desmesura.

En las economías tradicionales precapitalistas, el valor de los productos estaba unido en exclusiva a la relación entre los recursos y las necesidades sociales. Sin embargo, la dinámica de la acumulación capitalista redefinió la medida del valor tomando como base el tiempo empleado en la producción. En la esfera del capitalismo moderno, el valor de un producto se define mediante algo que, por término medio, es medible: la cantidad de tiempo necesario socialmente para la producción de mercancías. Dicho en otros términos: el capitalismo moderno estaba basado en la conmensurabilidad de la relación entre trabajo y valor. Sobre la base objetiva del tiempo de trabajo promedio era posible explicar las oscilaciones de los precios, de los salarios y de los beneficios.

En las primeras páginas de *El capital*, Marx explica que el valor es tiempo, acumulación de tiempo, tiempo objetivado que se ha transformado en cosas, en mercancías, en valor. En la formulación tradicional de Marx, la magnitud de valor de una mercancía queda determinada por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. El

tiempo-átomo descrito por Marx es la piedra angular de la economía moderna. La ley del valor era, pues, el criterio de racionalización capitalista de la producción capaz de hacer del trabajo abstracto, medido en una unidad de tiempo de trabajo simple, el instrumento de control sobre el trabajo y de crecimiento de la productividad social. Desde este punto de vista, el salario designaba la remuneración del trabajo productivo.

En relación a ello, todo concepto de explotación debe fundarse, según Marx, en una teoría del valor. La explotación se define en cantidades de tiempo de trabajo, lo mismo que la teoría del valor. El grado de explotación se corresponde con la cantidad de tiempo de trabajo excedente, es decir, aquella parte de la jornada de trabajo que excede del tiempo necesario para que el trabajador o trabajadora produzca un valor igual al del salario que percibe. El tiempo de trabajo excedente y la plusvalía producida durante ese tiempo son conceptos clave de la definición de explotación.

Guattari, Negri han analizado la 'forma-valor' en el modo de producción postfordista: "Un modo de producción que ha llegado a ser tan flexible que puede confundirse efectivamente con los movimientos de las fuerzas productivas, es decir, con los movimientos de todos los sujetos que participan en la producción" (Guattari, Negri: 1999, p. 86-87). En una situación en la que todos los aspectos de la vida social se han puesto a trabajar y ha sido subsumido en la lógica del capital, el imperativo marxista para calcular el tiempo de trabajo es imposible. La ley del valor se ha hecho coextensiva de la producción de vida. Cuando todo el tiempo de la vida queda reabsorbido en la producción, el tiempo ya no es medida de nada, porque es la sustancia igual de todo. En consecuencia, estamos ante una modificación radical de la función del tiempo productivo.

Con el advenimiento de las formas de producción postfordistas, el proceso de valorización pierde la unidad de medida cuantitativa conectada con la producción material, tal como había sido explicada por Marx. Tal medida era, en cierto modo, definida por el contenido de trabajo necesario para la producción de mercancías, mensurable sobre la base de la tangibilidad de la propia producción y del tiempo necesario para la producción. Con la llegada del capitalismo postfordista, la valorización tiende a suscitarse sobre formas de trabajo diversas, que desborda el horario laboral efectivamente certificado para coincidir, cada vez más, con el tiempo total de vida.

Si, como sostienen Guattari y Negri, la comunicación constituye la fábrica de la producción y la sustancia de la forma-valor, ¿cuáles son, entonces, las consecuencias que podemos sacar en lo que a la ley del valor se refiere? La consecuencia es que ya no tiene sentido una teoría de la medida respecto a la cualidad inconmensurable de la acumulación social. Igualmente, resulta inconmensurable el espacio para el desarrollo de las relaciones laborales. En el postfordismo, la valorización del capital opera a través de las tecnologías desterritorializadas de dominación de las energías vitales del ser humano. O sea, que “cuando el contexto de las relaciones de producción se ha vuelto enteramente biopolítico, la generación de plusvalía no depende ya de una magnitud de trabajo concreto delimitado temporal y espacialmente” (Negri: 2000, p. 137).

Así pues, la productividad del trabajo depende cada vez más de aquello que hace un tiempo habría sido definido como universo del no-trabajo; y si, en definitiva, la cooperación entre los sujetos es la que constituye el presupuesto material de este sistema de producción, entonces se vislumbra también la crisis de la ley del valor’, esto es, del proyecto capitalista de medir, a través del tiempo de trabajo, el espacio de desarrollo humano que permite expresarse a la productividad social.

Octava contradicción

Paolo Virno sostiene que, en el postfordismo, por primera vez en la historia, sociedad y cultura coinciden con una condición ontológica. Se trata de un modo de producción que moviliza en beneficio propio las prerrogativas fundamentales del Homo Sapiens. Sin embargo, a pesar de sacar a luz los contenidos propios de la especie humana –que los modos de producción anteriores habían ocultado sistemáticamente–, en el postfordismo ello ocurre desde una dimensión heterónoma: las características que nos definen como Homo Sapiens han sido puestas a producir desde la lógica de explotación capitalista.

Para Virno (2003), nuestro tiempo se caracteriza por un modo de producción que moviliza en beneficio propio todas las prerrogativas fundamentales de la especie *Homo Sapiens*: facultad de lenguaje, autorreflexión, afectos, tonalidades emotivas, gustos estéticos, carencia de instintos especializados y adaptación a lo imprevisto. Lo que entendemos por naturaleza humana es la materia prima para la producción capitalista. Esta naturaleza humana, interpretada como un conjunto de condiciones bio-antropológicas invariantes –la

facultad del lenguaje, la neotenia como la permanencia de rasgos juveniles en el comportamiento adulto, la ausencia de un entorno físico— se han convertido en los rasgos sociológicos de la fuerza de trabajo postfordista. En la época postfordista, roles y tareas coinciden con el *gattungswesen* [existencia genérica], de la cual habla Marx en sus *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844.

Afirma Virno que a lo largo de la historia cultura y sociedad escondían aspectos distintivos de la naturaleza humana. El postfordismo, en cambio, es la primera sociedad y la primera cultura que no esconde estos aspectos, sino que, por el contrario, los valoriza, los introduce en el centro de los procesos productivos, los saca a plena luz. Los nuevos modos de producción evidencian una alteración fundamental en las formas de considerar a los saberes, y principalmente en las dimensiones de las calificaciones que son priorizadas. Lo actitudinal por sobre las calificaciones técnicas y el ‘saber ser’ sobre el ‘saber hacer,’ son los nuevos lemas que aseguran la productividad y la buena gestión de las relaciones de trabajo: “la adaptación al cambio ininterrumpido, los reflejos probados por la cadena de conmociones perceptivas, un fuerte sentido de la contingencia y de la aleatoriedad o una mentalidad no determinista se elevan al rango de auténtica fuerza productiva” (Virno: 2003, p. 47).

Novena contradicción

Desde la perspectiva de la automatización de la producción, Bifo sostiene que el capital, en el postfordismo, solo se apodera de fragmentos separados de tiempo del trabajador, es decir, se separa la distribución del tiempo de la persona física y jurídica del trabajo. Sin embargo, aunque el trabajador queda excluido, su tiempo queda incluido en tanto pertenece al ciclo integrado del trabajo.

Bifo (2003) analiza cómo el capital puede apoderarse de fragmentos separados del tiempo del trabajador para recombinarlos en una esfera separada de la que corresponde a la vida individual del trabajador. El trabajador es entendido como una máquina que posee un cerebro que puede ser usado por fragmentos de tiempo y se le paga su prestación puntual, ocasional, temporánea; no paga más un salario que cubra completamente el campo de las necesidades económicas de una persona que trabaja. Dicho en otros términos, el tiempo humano es transformado en tiempo abstracto por el acto de

subsunción productiva. Es precisamente el proceso de abstracción del trabajo, esto es, la separación del acto del trabajo de su específica utilidad concreta, la que posibilita tal sustracción de tiempo objetivo.

Claro está que desde el punto de vista de la valorización del capital existe un flujo continuo, el cual encuentra su unidad en un objeto producido. Pero lo interesante es señalar, con Bifo, que desde el punto de vista del trabajador, su trabajo puede ser recombinado en un lugar separado de aquel en el que el trabajo es realizado. O sea, que la prestación de trabajo tiene un carácter fragmentario, y ello contiene la posibilidad de separar la distribución del tiempo del de la persona física y jurídica del trabajo.

Pero si el tiempo no pertenece a los trabajadores, ¿a quién entonces? El tiempo pertenece al ciclo integrado del trabajo “en la producción industrial, el tiempo de trabajo abstracto era personificado por un portador físico y jurídico, incorporado en un trabajador de carne y hueso, con una identidad registrada y política” (Bifo: 2007, p. 91). Durante el régimen de fábrica, era necesario que los obreros estuviesen físicamente reunidos en un espacio físico, porque tenían que cooperar en la transformación física de los materiales necesarios para producir el objeto, que era resultado de su cooperación. Esta cooperación tenía que producirse en el mismo tiempo y espacio para que el objeto fuese producido. En la esfera del ‘info-trabajo’, por el contrario, no hay más necesidad de comprar una persona durante ocho horas al día todos los días. El capital no recluta más personas, el tiempo despersonalizado se vuelve el verdadero agente del proceso de valorización. Más aún, la optimización de la productividad del trabajo comunicacional, lingüístico y comunicativo se logra en condiciones de desterritorialización.

Esta sustracción de tiempo objetivo pone fin a la concepción de individuo durante el régimen de fábrica, un individuo portador de derechos políticos y sociales. Es por ello que el capital se relaciona con fragmentos de tiempo y la función recombinante del trabajo, y no con el individuo trabajador. El semicapital –el capital reducido a signo sin persona– compra tiempo despersonalizado porque éste “no tiene derechos, no tiene ojos, no tiene corazón y no tiene pensamiento” (Bifo: 2003). El capital hace del trabajador un residuo irrelevante, intercambiable, precario del proceso de producción de valor. Es así que la cuestión de la precariedad se volvió central. Lo que aparecía como una condición marginal y temporaria en la era industrial, se transformó en la forma predominante de las

relaciones de trabajo postfordistas. La precariedad no es más una característica marginal y provisoria, sino la forma general de la relación de trabajo en una esfera productiva digitalizada, reticular y recombinante. Dicho con Bifo (2003, p. 161): “lo esencial no es la precarización de la relación jurídica del trabajo, sino la disolución de la persona como agente de la acción productiva y la fragmentación del tiempo vivido”.

El trabajador, y el trabajo, parecen, pues, desaparecer a los ojos de Bifo para ceder al capital el papel de principal fuerza productiva. El capital ha terminado de forma definitiva su lucha contra el trabajo deshaciéndose del trabajo. La lucha a partir de ahora, suele decir Bifo de forma provocadora con su gran sonrisa nihilista, es contra las matemáticas y los algoritmos.

Décima contradicción

En sus análisis sobre la fuerza de trabajo postfordista, Paolo Virno sostiene que hoy el capital solo compra la capacidad de producir como potencia, es decir, se relaciona con una potencia y no con el cuerpo físico del trabajador. Sin embargo, la potencia de producir es inseparable de la persona física, el capital no puede obviarlo. De esta contradicción surge, según Virno, la dimensión biopolítica del postfordismo: hay un cuerpo biológico que es el sustrato de esta potencia.

Paolo Virno rastrea el dispositivo de saberes y poderes que Foucault llama ‘biopolítica’ en el modo de ser de la fuerza de trabajo postfordista –la multitud . Intenta poner luz sobre los equívocos a los que se presta el concepto ‘biopolítica’. ¿Qué significa ‘biopolítica’? gobierno de la vida como tal, sin más cualificaciones. Para Virno, en su intento de comprender el nudo racional del término biopolítica, es preciso partir de un concepto distinto: el concepto de ‘fuerza de trabajo’.

El problema fundamental, entiende Virno, es que la biopolítica es solo un efecto derivado del concepto de fuerza de trabajo. Cuando hay una mercancía que se llama fuerza de trabajo, está ya implícitamente el gobierno sobre la vida, la biopolítica. La fuerza trabajo es una mercancía paradójica, no es una mercancía real como un libro o una botella de agua, sino que es “la simple potencia de producir”. Cuando se transforma en mercancía la potencia en cuanto tal, entonces hay que gobernar el cuerpo viviente que mantiene y

contiene esta potencia. En Virno, la biopolítica deriva de la fuerza de trabajo, y no a la inversa.

La potencia, siendo de por sí aún irreal, es inseparable del cuerpo vivo del trabajador. Por ello, y solo por ello, el capitalismo se hace cargo de la vida, porque el organismo biológico es el sustrato de lo que realmente cuenta: la fuerza de trabajo, la potencia psicofísica de producir, la ‘facultad carnal’ de pensar/hablar. En la idea de fuerza de trabajo como potencia no está prescrito un tipo particular de actividad laboral, sino que alude a tareas de cualquier tipo, desde la fabricación de una cortina hasta la cosecha de peras; desde el parloteo incesante de un fanático del chat hasta la corrección de pruebas de un libro de texto. Fuerza de trabajo es, como sostiene Marx en *El Capital*, “la suma de todas las aptitudes físicas e intelectuales que residen en la corporalidad” (Marx: 2011, p. 105). Al hablar de la fuerza de trabajo, se está haciendo referencia implícita a todo tipo de facultad: competencias lingüísticas, memoria, movilidad, imaginación, pura fuerza física bruta, etc. La fuerza de trabajo no excluye nada de sí misma. El propio concepto de fuerza de trabajo interpela a la vida de forma directa, como subraya Virno al traer a colación la definición de Marx.

La tesis que Virno quiere defender es que solo hoy, en la época postfordista, la realidad de la fuerza de trabajo está plenamente a la altura de su concepto, tal como Marx lo definió. Solo hoy la noción de fuerza de trabajo no se reduce a un conjunto de dotes y aptitudes físicas, mecánicas, sino que comprende dentro de sí, con pleno derecho, “la vida de la mente”. Dicho en otros términos, solo hoy el concepto de fuerza de trabajo marxiano alcanza cierto grado de verdad empírica. Marx estableció que la relación capitalista de producción está basada en la diferencia entre fuerza de trabajo y trabajo efectivo. O lo que es lo mismo, una diferencia entre el acto y la potencia. En ese sentido, la fuerza de trabajo es pura potencia, bien distinta de los actos correspondientes. Escribe Marx (2011, p. 109): “quien dice capacidad de trabajo no dice trabajo, del mismo modo que quien dice capacidad de digerir no dice digestión”.

El capitalista, en la era postfordista, compra la facultad de producir en cuanto tal, no ya una o más prestaciones determinadas. La potencia, la *dynamis*, la no-presencia, en lugar de permanecer como un concepto abstracto, toma una forma pragmática, empírica, socioeconómica. La facultad como tal, incluso no aplicada, está en el centro del

intercambio entre el capitalista y el trabajador. El objeto de la compraventa no es una entidad real –prestaciones laborales efectivamente presentes–, sino algo que, de por sí, no tiene una existencia espacio-temporal autónoma: la genérica capacidad de trabajar. La pura capacidad de hablar –lingüística– no tiene una existencia independiente.

En resumen, Paolo Virno aplica la dimensión marxista al concepto de biopoder. El capitalista necesita controlar la fuerza productiva; al ser ésta una potencia abstracta e inmanente en el sujeto productivo, el cuerpo del trabajador se vuelve de especial interés para el capitalista, el cual necesita ser controlado y reproducido.

Undécima contradicción

Si bien para Negri la pobreza, en el postfordismo, es una forma de exclusión de las formas jurídicas y económicas del capital; la pobreza está, al mismo tiempo, incluida en los circuitos de la producción social y biopolítica.

La ontología del hacer que atraviesa toda la obra de Negri está a la base de la conceptualización que propone de la pobreza. Para Negri (Hardt, Negri, 2000), la singularidad de los pobres consiste en el hecho de que son pura fuerza de trabajo a disposición de la máquina capitalista de producción y reproducción. La pobreza es para Negri potencia desnuda. Concibe la vida desnuda como el elemento productivo de la biopolítica, haciendo hincapié en la productividad del ser. Lo que constituye la cooperación social son las sinergias de la vida, es decir, las manifestaciones productivas de la *nuda vida*. Negri articula una concepción del marxismo como forma ontológica, una acción ontológica que genera el proceso histórico por medio del conflicto que crea, determina y produce.

La tradición marxista, con frecuencia, conceptualizó a los pobres, a los que quedaban fuera de los circuitos de producción como ‘ejército de reserva industrial’, es decir, una reserva de posibles obreros industriales que permanecían temporalmente en el desempleo, pero que podían ser convocados a la producción en cualquier momento. En el régimen de fábrica, este ‘ejército de reserva industrial’ era una constante amenaza que pendía sobre los trabajadores en activo: en primer lugar, porque la miseria sirve de ejemplo fatal de lo que pudiera pasarles a ellos; y, en segundo lugar, porque el excedente

de mano de obra presiona a la baja sobre los salarios, socavando la capacidad de negociación de los obreros.

Tal concepción del 'ejército de reserva' es la que ha desaparecido para Negri. La división social entre empleados y desempleados tiende cada vez más a borrarse. No existe ya una línea divisoria clara, sino más bien una extensa zona gris, en donde todos los trabajadores fluctúan precariamente entre el empleo y el paro. No hay ninguna reserva en el sentido de que no existe una fuerza de trabajo exterior a los procesos de producción social. Los pobres, los desempleados, en el postfordismo, son activos de la producción social, aunque no tengan un puesto de trabajo asalariado. De hecho, nunca ha sido cierto, apunta Negri, que los pobres y los desempleados no hiciesen nada. Las estrategias de supervivencia suelen exigir amplios recursos de ingenio y creatividad. Los pobres intervienen activamente en los mecanismos de producción. Los pobres, sostiene Negri, se reproducen, tienen hijos, esto es, producen personas que pueden ser puestas en el mercado. Además, producen maneras de hablar, maneras de ser, formas de vida.

Si en el postfordismo la producción social se define cada vez más por trabajos inmateriales como la cooperación o la construcción de relaciones y redes de comunicación, entonces la actividad la llevan a cabo todos los integrantes de la sociedad, sin exceptuar a los que se quedan fuera de los circuitos productivos: "¿Qué es un desocupado? No es un discapacitado económico. No es una víctima social. Es un trabajador en tránsito. Entre una actividad no rentable y una actividad más rentable" (Foucault: 2008, p. 171). El pobre no es más un leproso, es decir, el excluido en términos radicales, pues está dentro de la producción biopolítica: "para decirlo paradójicamente: ¡da fatiga ser clochard [vagabundo]" (Hardt, Negri: 2012, p. 26). Sería erróneo pensar que Negri practica el culto de la miseria y de la pobreza. Antes bien, Negri propone una ética de la potencia de los pobres. Los pobres no son amedrentados por su debilidad sino por su potencia.

La diferencia entre la posición de Negri y una concepción marxista clásica de la pobreza es que para Negri los pobres no se hallan fuera del sistema económico en cuanto dejan de ser contratados, es decir, en cuanto ya no se formalizan en el proceso de producción. No es cierto que los pobres estén excluidos de la producción una vez que dejen de ser trabajadores asalariados. Cree, al contrario, que también se hallan insertos en los

circuitos de la economía global, con independencia de si aún realizan un trabajo remunerado o no. En la producción social, ya que el trabajo se convierte en cooperativo, la exclusión parece ser imposible. Lo que se excluye a través de las formas jurídicas y económicas del capital, sin embargo es incluido en los circuitos de la producción social y biopolítica: todos los aspectos de la experiencia quedan incluidos en su horizonte: “el tiempo excedente, es decir, riqueza potencial, se manifiesta como miseria: dependencia, desocupación estructural y flexibilización ilimitada” (Virno: 2003, p. 106). Para Marx, el excluido no era ni productivo ni improductivo. Hoy, por el contrario, la capacidad de trabajo del excluido es real porque todo el conjunto de relaciones sociales es productivo. En otras palabras, el pobre no está fuera de la producción. El pobre es el excluido allí donde, dada la producción común, todo sujeto está incluido en el mundo productivo.

Bibliografía

BERARDI, Franco (Bifo) (2003). *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*, Patricia Amigot Leatxe, Manuel Aguilar Hendrickson, tr., Madrid: Traficantes de Sueños.

---- (2007). *El sabio, el mercader y el guerrero. Del rechazo del trabajo al surgimiento del cognitariado*, Álvaro García Ormaechea, tr., Madrid: Ediciones acuarela & Antonio Machado libros.

---- (2013). *La sublevación*. Barcelona: Artefakte.

DE GIORGI, Alessandro (2006). *El gobierno de la excedencia. Postfordismo y control de la multitud*, José Ángel Brandariz García, Hernán Bouvier, tr., Madrid: Traficantes de Sueños.

DELEUZE, Gilles (1995). *Conversaciones*, José Luis Pardo, tr., Valencia: Pre-Textos.

FOUCAULT, Michel (2008). *El Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, Horacio Pons, tr., Madrid: Fondo de Cultura Económico.

GUATTARI, Félix, NEGRI, Antonio (1999). *Las verdades nómadas & General Intellect, poder constituyente y comunismo*, Carlos Prieto del Campo, Mario Domínguez Sánchez, tr., Madrid: Akal.

HARDT, Michael, HOLLOWAY, John (2012). "Crear Commonwealth y agrietar el capitalismo. Lecturas cruzadas", *El Viejo Topo*, núm. 290, marzo 2012, pp. 42-52.

HARDT, Michael, NEGRI, Antonio (2000). *Imperio*, Alcira Bixio, tr., Barcelona: Debate.

---- (2011). *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Raúl Sánchez Cedillo, tr., Madrid: Akal.

---- (2012). *Declaración*, Raúl Sánchez Cedillo, tr., Madrid: Akal.

LAZZARATO, Maurizio (2006). "La forma política de la coordinación". *Brumaria*, diciembre, núm. 7 Arte, máquinas, trabajo inmaterial, pp. 341 – 350.

---- (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Horacio Pons, tr., Buenos Aires: Amorrortu.

MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, Alejandro (2011). "Capitalizar la experiencia: mesianismo, capital y modernidad", en BERMEJO SALAR, Alicia, *Umbrales filosóficos: posicionamientos y perspectivas del pensamiento contemporáneo*, pp. 149-370.

MARX, Karl (1978). *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.

---- (2011). *El Capital*. México: Siglo XXI.

NEGRI, Antonio (2000). *Kairos, Alma, Venus, Multitudo*. Roma: Manifestolibri.

---- (2004). *Los libros de la autonomía*, Marta Malo, Raúl Sánchez Cedillo, tr., Madrid: Akal.

RODRÍGUEZ, Emmanuel (2003). *El gobierno imposible. Trabajo y fronteras en las metrópolis de la abundancia*. Madrid: Traficantes de Sueños.

VIRNO, Paolo (1995). "Do you remember counterrevolution?" *Revista Contrapoder*, núm. 4/5.

----- (2003) *Virtuosismo y revolución. La acción política en la época del desencanto*, Sánchez Cedillo, Raúl; Romero, Hugo, Gómez Hernández, David Gámez, tr., Madrid: Traficantes de sueños.

----- (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporánea*, Adriana Gómez, Juan Domingo Estop, Miguel Santucho, tr., Madrid: Traficantes de sueños.